

AMADO ALONSO: UN HOMENAJE TARDÍO

PETER M. BOYD-BOWMAN

University of New York at Buffalo

Acepto con placer la tarea que me asigna mi buen colega Alberto Millán Chivite, la de recordar, como el poster discípulo de Amado Alonso, la influencia decisiva que ejerció sobre mí, no sólo en el último lustro de su vida, sino también después.

Cuando llegué con una beca en 1947 a la Universidad de Harvard, ya tenía yo una licenciatura en filología románica de Toronto, pero aún no sabía en qué especializarme. Pero despertada mi curiosidad por conocer al célebre catedrático Alonso, de quien me contaban que el dictador Perón le había quitado hacía poco la dirección de un famoso instituto de filología en Buenos Aires, no tardé en matricularme en los dos cursos que él dictaba: Historia de la lengua Española, y la lengua española en América. Me acuerdo muy bien de la extraordinaria influencia que ejercieron sobre mí estos dos cursos, sobre todo el segundo. Me sentí cautivado por la erudicción del maestro, sus anécdotas, su buen humor y su infatigable entusiasmo por el español americano, fruto de la convivencia, durante cuatro siglos y en diversas combinaciones, de las tres culturas europea, amerindia y africana. De este novedoso campo, mal delimitado todavía, solía decir Alonso que quedaba casi todo por descubrir. Siendo yo por temperamento más inclinado a explorar tierras incógnitas que a contribuir otra perspectiva más sobre algún tema ya comentado mil veces, me sentí atraído poderosamente al estudio del español de América. Y siendo yo además aficionado a la historia mundial, aplaudía el enfoque histórico-cultural, profundamente humano y simpático, que manifestaba Alonso tanto en sus cursos como en sus investigaciones y su labor editorial como director de la Nueva Revista de Filología Hispánica. Pronto reconocí en Amado Alonso al profesor ideal, un digno modelo para mi propia carrera académica.

Igual que su propio maestro y mentor Ramón Menéndez Pidal, a quien citaba frecuentemente y con mucho cariño, Alonso era a la vez filólogo, historiador y crítico literario. E igual que don Ramón, Alonso

sabía expresar sus ideas con elegancia y suma claridad, sin enmarañarse en la oscura terminología de tal o cual escuela lingüística. En aquellos tiempos ya comenzaban a oírse, tanto en Europa como en los Estados Unidos, los militantes seguidores de Trubetzkoy, Lado, Levy-Strauss, Chomsky y otros, que con sus radicales teorías y sus nuevas terminologías pretendían imponer cada uno su propia doctrina, consignando al olvido las de sus rivales. Sólo ellos, con sus teorías y sus métodos ‘científicos’, tenían mérito. ¡Todo lo anterior, al basurero! Había que someter la lengua humana a procedimientos secos e impersonales a imitación de las ciencias naturales, cuantificándola, categorizándola, objetivándola. Todavía hoy los partidarios de tal o cual escuela lingüística se ocupan en escarnecer en sus escritos a sus rivales y en cantar los méritos de sus correligionarios. Pero a Amado Alonso, tan cortés, tan caballeroso, le repugnaban la exageración y todo dogma. Cuando me admitió como un joven discípulo, como su ayudante, casi como su hijo intelectual, comenzó por confiarme algunas pequeñas tareas en la redacción de la NRFH (por ejemplo reseñas, primero de artículos, y luego de libros), enseñándome a guardar un tono moderado, diplomático, aun cuando se trataba de criticar muy severamente alguna obra. No se debía impugnar jamás la competencia o la integridad personal de ningún autor. Esta práctica inviolable, aprendida seguramente del mismo don Ramón, la ilustra perfectamente su genial “Examen de la teoría indigenista de Rodolfo Lenz” (RFH I, 330-350, Buenos Aires 1939), en el cual dejó la teoría de Lenz completamente destruida al refutar uno por uno todos los argumentos que Lenz había avanzado para sotenerla en el caso de Chile. Alonso terminó su clásico ‘examen’ con estas palabras: «Nuestra tarea ha consistido en probar que las afirmaciones de Lenz no tienen fundamento científico, con lo cual creemos haber dado un paso en nuestra disciplina en colaboración con nuestro refutado, pues de ningún modo este trabajo ha consistido en *anular* el de Lenz, poniendo las cosas en el estado que tenían antes de la enunciación de su tesis: sobre los temas propuestos por Lenz hemos llegado a un conocimiento de signo negativo, pero de carácter científico. Ahora bien, en el conocer, lo que importa es la cualidad científica del conocimiento, aparte si nos conduce a un sí o a un no».

Alonso fue por supuesto el director de mi tesis doctoral sobre el habla de Guanajuato, México (1949). Este estudio fue el primero en comparar detalladamente el español de una sola ciudad hispanoamericana en todos sus aspectos (fonología, morfología, sintaxis y léxico) con el de otras regiones dialectales del mundo hispánico.

Una vez entregada mi tesis (en 1949), Alonso logró que me contrataran en Harvard, a tiempo completo, por tres años más. En aquel entonces Alonso y su colega dominicano Pedro Henríquez Ureña teorizaban con otros americanistas acerca de la base dialectal del primitivo español de América: ¿fue, o no fue, andaluza? Alonso creía que no, pero para decidir el caso faltaba estudiar a fondo las corrientes emigratorias entre España y América en el siglo XVI. Cuando yo me ofrecí a recoger y analizar los datos necesarios, Alonso me entregó un pequeño fichero de papeletas manuscritas que había reunido su recién fallecido amigo Henríquez Ureña en el transcurso de sus lecturas. Pero éstas, por su falta de sistema y de atención a la cronología, me resultaron poco menos que inservibles. De valor incalculable, en cambio, fueron los tres tomos del Catálogo de pasajeros a Indias que acababa de publicar el Archivo de Indias en Sevilla. Alonso sin duda esperaba que al salir a luz mis estudios demográficos, iban a refutar la teoría andalucista. Sin embargo me aconsejó que abordara el proyecto con absoluta imparcialidad, sin ideas preconcebidas, permitiendo que sólo el peso de los datos decidiera el caso. Por desgracia mi querido maestro falleció en 1952 sin llegar a ver los resultados de mis labores, que con el tiempo, y a base de más de 56.000 emigrantes identificados por su procedencia regional, iban a probar que en cada una de las cinco épocas en que yo había dividido el primer siglo de la Colonia, los andaluces (y sobre todo los sevillanos) sí constituían siempre el contingente regional más numeroso. Si Alonso hubiera conocido los resultados de mi investigación, seguramente habría cambiado de opinión.

En el último año de su vida, cuando ya se veía hostigado por un mortífero cáncer, mi mentor me honró con la responsabilidad de dictar en su ausencia una buena parte que quedaba de su curso sobre historia de la lengua. Esto me dio la oportunidad de aplicar los principios didácticos que tanto había admirado en él, principios que me iban a guiar en mi futura docencia académica. Yo lo visité en el hospital en vísperas de su muerte. Cuando estábamos solos Alonso me dio un abrazo y me exhortó a contribuir a la lingüística hispanoamericana con obras fundamentales de síntesis que tanta falta hacían. Le prometí que sí lo haría. Los dos quedamos muy emocionados porque sabíamos que ya no nos veríamos más.

Aun después de la muerte de don Amado su influencia perdura en mí más fuerte que nunca. Siempre he evitado meterme en controversias, en polémicas. Tanto en mi docencia como en mis escritos he insistido siempre en presentar la lengua dentro de su marco histórico y sin qui-

tarle su cargo cultural y afectivo. No es por casualidad que los cinco tomos de mi *Léxico hispanoamericano*, en lugar de definiciones de tipo tradicional presentan puras citas, pero citas escogidas y ordenadas para ilustrar el lento desarrollo semántico que puede sufrir una palabra en el transcurso de los siglos. Publicadas en microfichas por el Hispanic "Seminary of Medieval Studies de la Universidad de Wisconsin, sus 22.000 páginas ofrecen «con un criterio abierto y nada normativo, miles de citas que ilustran para cada voz y cada locución documentada, cómo funciona en su ambiente, sea éste la lengua culta o la popular, la urbana o la rústica regional. Las citas vienen ordenadas cronológicamente y con indicación de su procedencia regional en cada siglo. Pero no se han enfatizado ni lo exótico, ni las divergencias de alguna 'norma', dado que toda lengua viva cambia (sus normas) continuamente... Esta serie, basada en fuentes documentales representativas de cada región, ilustra el uso en América no sólo de lo general, sino de lo peculiar de alguna región, o época determinada, citando para cada locución o palabras cortos textos escogidos para ilustrar su forma, sentido y función gramatical, pero sin poner definiciones».

Creo que acertó Diego Catalán al declarar, en su *Lingüística ibero-románica: crítica retrospectiva* (Madrid: Gredos, 1974, pág. 343), hablando de su abuelo, que «es bastante probable que el integralismo de Menéndez Pidal (su negativa a divorciar la lingüística de la historia cultural y del estudio de sus manifestaciones literarias) sobreviva a su magisterio, y que el pecado original, o *felix culpa*, de la escuela española, siga siendo una formación que tiende a borrar los límites entre el estudio de las lenguas y el de las sociedades». Esta *felix culpa*, si culpa es, caracteriza toda la obra de su discípulo Amado Alonso, y a través de don Amado, también la mía.